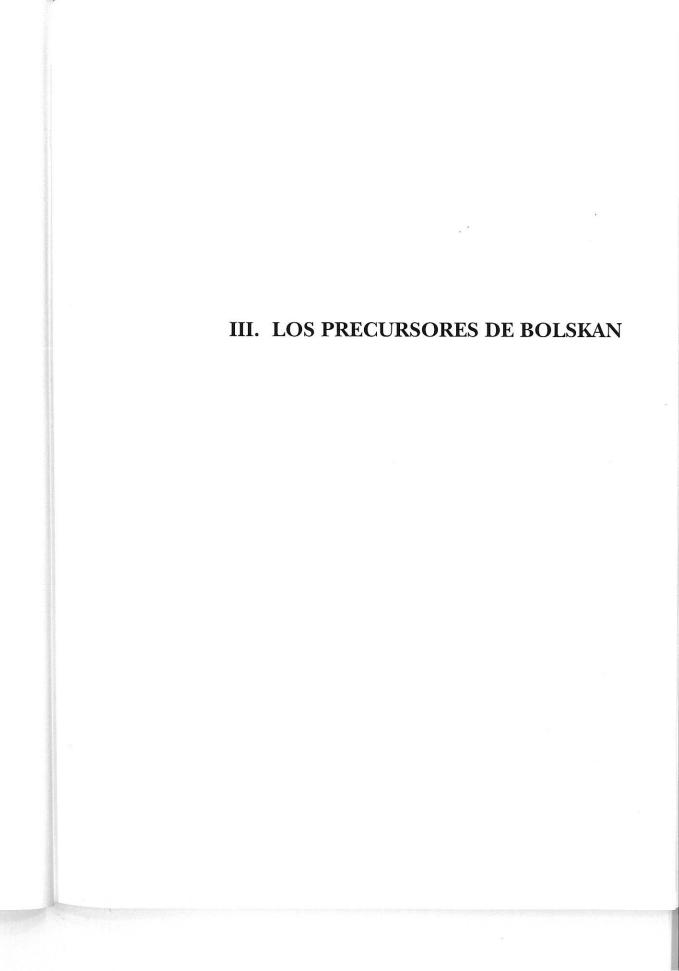


HUESCA: MÁS DE DOS MIL AÑOS ARQUEOLOGÍA URBANA (1984-1994)

M.ª NIEVES JUSTE ARRUGA



Han sido las actuaciones arqueológicas sistemáticas en la ciudad, en este caso fuera del Casco Antiguo, las que nos han permitido contactar con aquellas comunidades del s. V a. C. que representan el estadio preurbano y que podemos considerar como antecedentes directos de las gentes que dieron origen a la ciudad.

Además hemos llegado a ellos a través de un establecimiento tan singular como su cementerio, donde sus propios restos humanos y objetos nos permiten, junto a otros aspectos, rastrear su universo espiritual: su actitud ante la muerte, creencias de ultratumba, rituales, etc.

LA NECRÓPOLIS DE LA AVDA, MARTÍNEZ DE VELASCO

Fue un hallazgo casual el que permitió descubrir la existencia de esta necrópolis que podemos calificar como el descubrimiento arqueológico más importante de los efectuados en la ciudad.

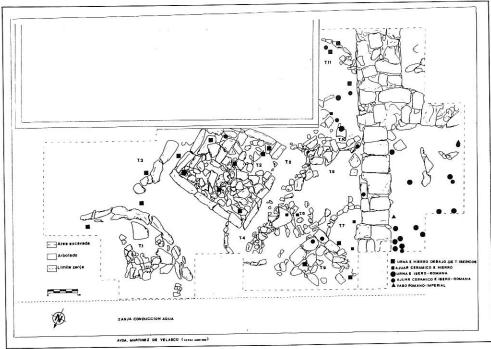
En 1985, al abrir una zanja para instalar una conducción de agua, las brigadas municipales localizaron, en los jardines de esta avenida, una escultura ibérica. Constituyó el primer indicio de lo que las campañas de excavación realizadas en 1985, 1988 y 1989 han revelado: la existencia de una compleja necrópolis que alberga los restos más antiguos de la ciudad y que

encierra en clave funeraria una gran parte de su historia más remota.

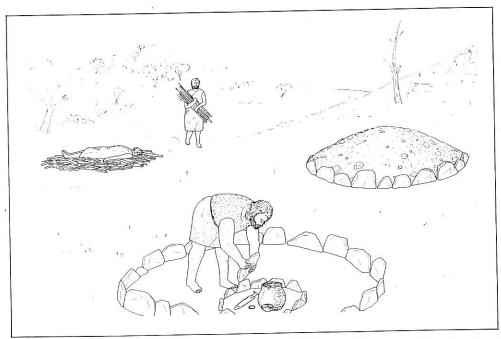
Se trata de una necrópolis básicamente de incineración, con enterramientos tumulares en sus primeros estadios. Sus restos se han mantenido en gran parte de los jardines, habiendo desaparecido en el espacio correspondiente a las calles, carretera y edificios. Las excavaciones, catas y prospección eléctrica realizadas permiten determinar una extensión de al menos 5.000 m² que, unido a la intensidad de utilización constatada, indican su adscripción a una amplia y significativa necrópolis.

Topográficamente se localiza en el llano extendido al oeste del cerro donde se ubicó la ciudad antigua, del que dista 700 m. y a unos 300 m. al sureste del cabezo de San Jorge. Se encuentra en una zona eje de comunicaciones, en sentido este-oeste, por cuyo ámbito precisamente circuló el camino más antiguo conocido históricamente en dirección a Zaragoza: la vía romana Caesaraugusta-Osca-Ilerda.

Hasta ahora se ha podido documentar el uso de la necrópolis a lo largo de 500 años, entre el s. V a. C. y el siglo I d. C., con muestras de las diferentes etapas culturales desarrolladas en este tiempo: I.ª Edad del Hierro, época ibérica, época ibero-romana y romano-imperial (Fig. 4).



4. Necrópolis de Martinez de Velasco. Plano General. Túmulos de la 1.ª Edad del Hierro: n.ºº 5 a 11. Enterramiento infantil: n.º 11. Túmulos ibéricos: n.ºº 1 a 3. Plano: N. Juste



5. El ritual de la incineración. Dibujo: J. M. Pesqué

Esta circunstancia reviste mucho interés pues es el único lugar relacionado hasta ahora con la ciudad antigua donde hemos podido constatar la presencia de un establecimiento de la I.ª Edad del Hierro y cuya permanencia cronológica y funcional permite conectarlo con la continuidad de la comunidad humana.

Por otra parte, la ocupación más antigua permite conectarla con el proceso iberizador, tan desconocido en amplias zonas del valle del Ebro, y que transciende el interés de este yacimiento más allá del puramente local. Además ha aportado importantes restos, entre ellos el único ejemplar de gran escultura antrópica ibérica, en piedra, quizá todavía una mínima parte de lo que este yacimiento encierra y que nuevas excavaciones nos revelarán.

LA FASE FUNERARIA DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Corresponde a la primera utilización de la necrópolis. Cronológicamente cabe situarla, por algunos de los materiales recuperados, a mediados del s. V a. C. en una fase tardía de la I.ª Edad del Hierro (600-450 a. C.) caracterizada culturalmente por los denominados Campos de Urnas. Así pues, nos hallamos en la etapa de formación inmediata de la Cultura Ibéri-

ca, aunque todavía estas poblaciones parecen más conectadas con el mundo de la I.ª Edad del Hierro y no presentan indicios claros, por ahora, del proceso iberizador.

En los enterramientos de esta fase se conjugan los elementos propios de los Campos de Urnas, como es el uso de la incineración, con el mantenimiento de otros característicos del mundo indígena anterior de la Edad del Bronce, como es el uso de los túmulos y, esporádicamente, otras técnicas funerarias. Las tumbas se hallan bastante deterioradas debido a la superposición de las de otras épocas, que han arrasado y, en muchas ocasiones, desplazado los materiales de su posición original, y que ha impedido que hayamos localizado enterramientos completos e intactos. No obstante, pueden rastrearse sus prácticas funerarias, que representan las creencias de estos grupos humanos acerca de la vida de ultratumba y el más allá.

Las sepulturas corresponden a pequeños túmulos de forma circular, de entre 1 y 2 m. de diámetro, construidos con piedras irregulares de arenisca (Fig 3 y 4). Aunque sólo se han conservado los bloques del contorno de la base, en origen formaron pequeños amontonamientos pétreos, más desarrollados en altura. Se encuentran prácticamente adosados unos a otros, habiéndose identificado siete, número inferior al de urnas localizadas que

denotan una alta densidad de utilización.

El rito funerario

La investigación arqueológica nos permite aproximarnos a algunos aspectos del rito funerario, y en concreto del proceso ritual, no exento de simbolismo, aunque no podamos reconstruirlo completamente.

El rito funerario generalizado es el de la incineración, consistente en la cremación del cadáver y la introducción posterior de los restos en una urna que es enterrada (Fig. 5).

Según hemos podido constatar, por los abundantes restos de carbones, cenizas y ramas quemadas, la incineración se practicaba en el mismo túmulo, en cuyo interior se instalaba la pira funeraria y sobre ella el cadáver que era quemado. En otras necrópolis, la *ustrina* (lugar destinado a la cremación) se disponía en lugares fijos específicos a este fin.

Una vez incinerado el cuerpo, se introducían los restos de los huesecillos calcinados en la vasija utilizada como urna cineraria. Ésta se depositaba en el interior del túmulo acompañada con el ajuar, constituido por objetos personales del difunto: adornos corporales, armas, etc., y otras vasijas donde depositaban las ofrendas (alimentos, etc.), cubriendo todo el conjunto con un montón de tierra y piedras.



6. Enterramiento de inhumación infantil: "El niño guerrero". Necrópolis de Martínez de Velasco. Foto: N. Juste

En esta necrópolis también se ha documentado la práctica esporádica de la inhumación, caracterizada por la conservación del cadáver. Esta asociación de la inhumación, como restos de una práctica de tradición más antigua, y la incineración, no es del todo infrecuente, aunque en la mayoría de ocasiones se relaciona con circunstancias muy particulares. En este caso se ha reconocido por la presencia de los restos de la mandíbula de un adulto y un enterramiento infantil.

El niño guerrero

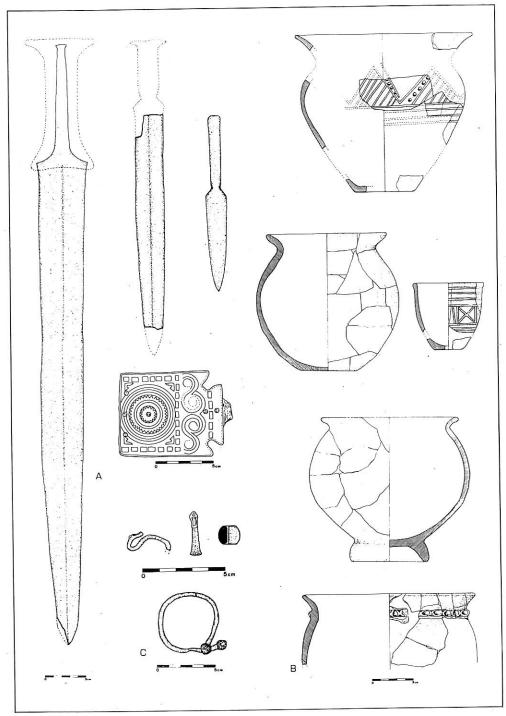
Entre los enterramientos localizados, el más completo y singular corresponde a la inhumación de un niño (Fig. 6). Aunque sólo se había conservado el cráneo y parte del tórax, mantenía otros importantes elementos del enterramiento original. El cadáver se hallaba situado en el centro del túmulo, ligeramente desplazado hacia el E, tumbado sobre su lateral derecho con el cráneo en esta dirección y mirando al SW, y el brazo izquierdo flexionado sobre el tórax, probablemente en posición fetal.

Frente a él, a la altura del rostro, habían depositado las armas que debieron constituir su panoplia de futuro guerrero; éstas estaban amarradas por el cinturón, dada la posición del broche. Pero lo más interesante es la disposición de estas armas, que no se hallaban tumbadas junto al difunto, como es lo más habitual, sino hincadas verticalmente en la tierra. Además, se habían inutilizado previamente destruyendo las empuñaduras y doblando los extremos, acto de probable simbolismo ritual que no podemos determinar. Aparte de estos elementos se localizaron fragmentos de cerámica que debieron corresponder a los vasos de ofrendas que pudieron acompañar a otros elementos de ajuar ubicados en las zonas desmanteladas del túmulo.

El armamento se componía de una espada larga, otra espada corta y un puñal, todos de hierro. La radiografía y restauración practicadas a las piezas permitieron comprobar que la espada larga se hallaba dentro de su vaina, y descubrir la decoración del broche de cinturón. Se trata de una placa rectangular de bronce decorada con nielados de plata representando motivos geométricos de círculos concéntricos y lineales de clara inspiración céltica. A pesar de la alteración que presentaba por la humedad del subsuelo, se aprecia que es una pieza de calidad técnica, cuya posesión puede indicar alguna distinción social del enterrado (Fig. 7).

Urnas y ajuares

Las urnas localizadas se corresponden técnicamente con vasijas de



7. Ajuares funerarios. A: Ajuar del enterramiento infantil. Reconstrucción (espada larga, corta, puñal y broche de cinturón). B: Urnas y vasito. C: Adornos personales (brazalete, fíbula y cuenta de collar). Dibujo: F. Manero y N. Juste

cerámica fabricadas a mano con pastas más bien toscas y cocidas con fuego reductor que les proporcionan unas tonalidades grisáceas y negruzcas. Son de mediano tamaño y presentan formas globulares más o menos abiertas con fondos planos o anulares. Algunas están decoradas con cordones digitados impresos aplicados en el cuello, o los acanalados típicos de los Campos de Urnas dispuestos en bandas paralelas, o triángulos situados en el comienzo del cuerpo y panza de las vasijas (Fig. 7).

Como ajuar se entiende el conjunto de objetos que acompañan el enterramiento, sean los de uso particular en vida del difunto o los vasos de ofrendas.

Entre los primeros se hallan los objetos de adorno personal y los relacionados con el atuendo (Fig. 7). Así, hemos localizado algunas cuentas de collar, brazaletes de tampones (barra de metal con bolitas en los extremos), fíbulas o agujas, de las llamadas de pie vuelto, para sujetar el vestido y el broche de cinturón con nielados de plata del enterramiento infantil. Todos estaban fabricados en bronce.

También las armas se integran en el bloque de objetos personales. Son de hierro, a veces con remaches o adornos en bronce. Se han localizado alguna espada larga y corta, puñales de pomo circular, cuchillos, etc. Las vasijas de ofrenda donde depositaban los alimentos, perfumes etc., corresponden a pequeñas vasijas de cuidada ejecución técnica, con forma de pequeños vasitos abiertos con decoración acanalada u ollitas globulares. Igual que las urnas están modeladas a mano, indicio de que todavía no se ha introducido aquí el torno de alfarero, que aparecerá poco después.

EL HÁBITAT

De estos precursores de Bolskan conocemos su cementerio, pero su poblado y lugar de hábitat es todavía una incógnita. En las excavaciones efectuadas en el casco urbano de Huesca no han aparecido indicios de ocupación en esta etapa.

En este período es usual que las necrópolis estén situadas fuera, pero próximas a los poblados. Con frecuencia éstos ocupan cerros o elevaciones fácilmente defendibles y el cementerio se instala en el llano, al pie del poblado o en algún promontorio cercano. Quizá debamos pensar en el cerro de San Jorge, por su proximidad y posición, como el lugar idóneo de asentamiento, aunque no tengamos la certeza. En este cerro se han hallado materiales cerámicos de diferentes épocas, pero sin ningún otro indicio, aunque si lo hubo debió desaparecer, dada la intensa remodelación de este lugar, al menos

desde el principio de la Edad Moderna.

Los asentamientos de hábitat de esta época se caracterizan por ser ya poblados organizados con un urbanismo incipiente. El tipo más generalizado corresponde al de calle central, con las viviendas situadas a ambos lados, y rodeado por una muralla o muro de protección donde se adosan las casas. Las viviendas suelen ser de planta rec-

tangular, a veces con subdivisiones internas. Se hallan acondicionadas interiormente con los muros revocados y suelos preparados, así como dotadas de determinadas infraestructuras como hogares, bancos corridos, silos de almacenaje, etc. Aunque existan otras variaciones locales, nos sirve de referencia para conocer las características del hábitat de nuestros antepasados directos más remotos.